

La ciudad: sentidos y representaciones

Michel Agier¹

La ambición cartográfica

Durante los primeros años que pasé en Salvador de Bahía, Brasil, experimenté la necesidad de tener un gran mapa de la ciudad colgado permanentemente en mi oficina, con el fin evidente de ubicarme y orientarme, como cualquier extranjero, en una ciudad de dos millones de habitantes. Gracias a este mapa pude “espacializar” la información y la población que comenzaba a conocer poco a poco, en el marco de un programa de investigación relacionado con la movilidad social y los cambios culturales. Realicé una caracterización progresiva de dicho mapa, llenando vacíos y estableciendo límites.

Poco a poco construí “regiones” de la ciudad con base en enfoques de la ecología urbana de la escuela de Chicago y retomando, en particular, la noción de “región moral” de Robert Park (*vid infra*). Las fuentes de información que consulté corresponden a tres tipos diferentes:

— datos de segunda mano: demográficos, físicos o de los diferentes medios, relacionados con los espacios, su imagen y el índice de asistencia de los habitantes de la ciudad;

— encuestas directas: efectuadas en un barrio popular relativamente antiguo de la ciudad, donde residía, que me permitía observar el concepto que los habitantes de la ciudad tenían de otros barrios, así como la movilidad hacia otros sectores;

— encuestas cuantitativas, que efectué con relación a la movilidad residencial de trabajadores asalariados del complejo petroquímico de Salvador.

Esta información me permitió hacer diversas anotaciones en el mapa colgado en la pared: cifras y porcentajes (relacionados con los niveles de

ingreso, la distribución de la población de acuerdo con el color de la piel, las condiciones de vivienda, el sexo del jefe de familia); impresiones y sentimientos (pobre, clase media, sucio, limpio, humedad, antiguo, moderno, tiendas, grandes conjuntos, viejos, negros, blancos, playas, invasiones); y principalmente trazar límites, líneas fronterizas, que nunca llenaron realmente mis expectativas, dentro de este espacio *a priori* (y en teoría) indefinido que era la ciudad de Salvador.²

Por lo tanto logré establecer cuatro grandes “regiones morales” que me permitieron situar todos los comportamientos de los encuestados dentro de un marco urbano: la referencia a cualquier localidad era significativa.³ Cada referencia al espacio urbano tenía sentido, por lo menos desde el punto de vista de las preguntas que me hacía con relación a la movilidad social y al cambio cultural en Bahía.

Estas preguntas me llevaron a retomar la información sobre la ciudad en términos de estatuto, residencia y barrios de distinción, lo que dio como resultado un mapa en el que, finalmente, prevalecían únicamente los límites de las regiones, y un texto que explicaba dichos límites. Se obtuvo de esta manera la distribución siguiente (v. mapa):

1. *Los barrios de las riberas de la bahía*: son los barrios más antiguos, pobres y desvalorizados de la ciudad. Esta parte de la ciudad, anteriormente marco de su vida política y comercial, fue desvalorizada desde los años sesenta. Su desarrollo se debe únicamente a la concentración de viviendas populares, incluso de viviendas (*favelas*), en las zonas situadas a lo largo de la bahía, sobre varios kilómetros que se extienden hasta las zonas más lejanas y menos urbanizadas (ciudades perdidas). En la actualidad, los barrios más antiguos de esta zona se encuentran prácticamente saturados, y la política urbana ha desplazado a otras zonas el núcleo de las funciones administrativas y comerciales. La ciudad que ha preservado sólo, y con grandes dificultades, su antiguo centro histórico con fines turísticos, ha dado la espalda a la vista de la bahía, misma que dio origen a su nombre. En esta región los trabajadores de la industria petroquímica son asalariados de los estratos inferiores y trabajadores bajo el régimen de subcontratación. Aun cuando se encuentran en situación de inferioridad y precariedad con relación al conjunto de los asalariados industriales, constituyen una categoría social privilegiada dentro de esta zona urbana y tienden a abandonar el barrio o, en su defecto, a distinguirse de los demás habitando en casas más suntuosas.

A escala de la ciudad entera, estos barrios se conocen como “marginales”, siendo muchas veces este término, como en el caso de Liberdade y

todavía más en el del viejo centro (Pelourinho), la seña de una distanciamiento social más que espacial. Se podría formular, en algunas palabras, los aspectos de la vida urbana que se transforman en marcadores de identidad los más importantes (pregnantes) para los habitantes de la rivera de la bahía: las casas antiguas están húmedas y difíciles de mantener y las más recientes son construcciones precarias (hechas de madera de uso, tierra, bloks). A cada temporada de lluvias vuelven los derrumbes de decenas de casas construidas sobre pendientes increíbles, los servicios públicos (transporte, electricidad) son insuficientes y defectuosos, las calles están mal pavimentadas, la basura se extiende a diario a lo largo de las calles de difícil acceso o se acumulan en pequeños montos en los callejones y patios, y las aguas negras no dejan de oler. Sin llegar al exceso o a la miseria, los inventarios que podríamos multiplicar muestran qué tan abusivo es calificar de “culturales” las características del habitat que de hecho son, antes que todo, resultados de opciones políticas tomadas, sea local o nacionalmente, en torno al desarrollo y ordenamiento social y urbano. Hannerz (1969) o Wacquant (1994), por ejemplo, evidenciaron estos mismos excesos en la interpretación de la “cultura del gheto”. Sin embargo, también se debe dar cuenta de las identidades que se construyen en el contexto sociológico urbano, el cual está hecho de experiencias e imágenes indisolublemente entrelazadas. Un conjunto de representaciones, de recorridos, de construcciones y objetos, pasados y presentes, acumulados, componen así una cartografía imaginaria de la ciudad actual de Salvador, en la que las riveras de la bahía son el polo negativo indiferenciado. En términos sociales como raciales, arquitectónicos y urbanos, este lado de la ciudad recibe los valores negativos en comparación con el resto de la ciudad.

2. *Los barrios a orillas del mar*: desde fines de los años sesenta, la urbanización de la ciudad se orientó hacia los barrios situados a orillas del mar (la orla). Una parte de estos barrios de gente acomodada, nuevos y en constante desarrollo, se transformó en lo que se ha llamado “el dormitorio del complejo (petroquímico)”. En estos barrios las ventajas de estatuto son tan evidentes como las ganancias materiales; en ellos se encuentran los símbolos de la arquitectura moderna local, numerosos centros comerciales y centros de negocios, lugares de concentración de consumo cultural y lúdico. En ellos se comparte el espacio con un sector más amplio de la población blanca. Su desarrollo se debe, en gran medida, a los efectos sociales y fiscales de las inversiones industriales efectuadas en los años setenta. Los obreros y los empleados de bajo rango del sector petroquímico tratan con dificultad alcanzar al gran número de técnicos, técnicos especializados y ejecutivos

que habitan y caracterizan esta zona. Además, existe una gran cantidad de porteros, conserjes, mensajeros, personal doméstico, cocineras y lavanderas, todo un mundo que constituye la mayor parte de la población de color que circula en estos espacios. Dichos empleados permiten que estas casas y estos barrios funcionen de manera adecuada y contribuyen a distinguir socialmente a sus habitantes. Recorriendo estos espacios sin poder identificarse con ellos, los trabajadores domésticos y de la calle viven en las *favelas* cercanas, enclavadas en rincones o traspatios, o vuelven en la noche a sus hogares ubicados al otro lado de la ciudad, después de una a dos horas de autobús.

Una serie de oposiciones duales da cuenta de la diferencia que existe entre estos dos lados de la ciudad. La fuerza y amplitud de los contrastes explican el distanciamiento que es social, más que espacial. Los espacios del uno (las riberas de la bahía) se quedan siempre o casi siempre desconocidos en su precariedad, sus fallas, pero también su diversidad, por los habitantes del otro (las orillas del mar).

3. *Las zonas intermedias*: están ubicadas en dos tipos de espacio. Por una parte, los antiguos barrios de clase media baja que están saturados. Por otra parte, los grandes conjuntos de las nuevas zonas de extensión en el norte de la ciudad. Esta es la zona urbana de mayor índice de crecimiento de habitantes en proceso de movilidad social. En ella se encuentra una población relativamente homogénea en lo que se refiere a ingresos e inserción socioprofesional (obreros y empleados de bajo rango de los nuevos sectores de empleo —servicios, industrias, administración—). De manera simultánea y sistemática, se desarrollan en torno a estos grandes conjuntos “invasiones” en condiciones sociales más modestas. Se trata de zonas urbanas de movilidad “por eliminación”, que reúnen empleados de rango inferior, procedentes de los antiguos barrios populares y que no lograron instalarse en los barrios ubicados a orillas del mar. Alejados desde el punto de vista social y espacial de su ámbito familiar original, desempeñan una función activa en la creación de nuevos medios sociales urbanos proletarios.

4. *Las ciudades del complejo industrial*: al margen de la inversión más importante de Bahía, las pequeñas ciudades que circundan el complejo petroquímico de Camacari y el centro industrial de Aratu, principalmente la ciudad de Camacari, se han desarrollado paradójicamente en condiciones de pobreza, dando cabida a migrantes y trabajadores no calificados. La urbanización de las mismas ha sido lenta con base en un cinturón de *favelas* y a algunos barrios rurales. Los migrantes rurales provenientes del nordeste, atraídos por un eventual empleo subalterno, industrial y directo

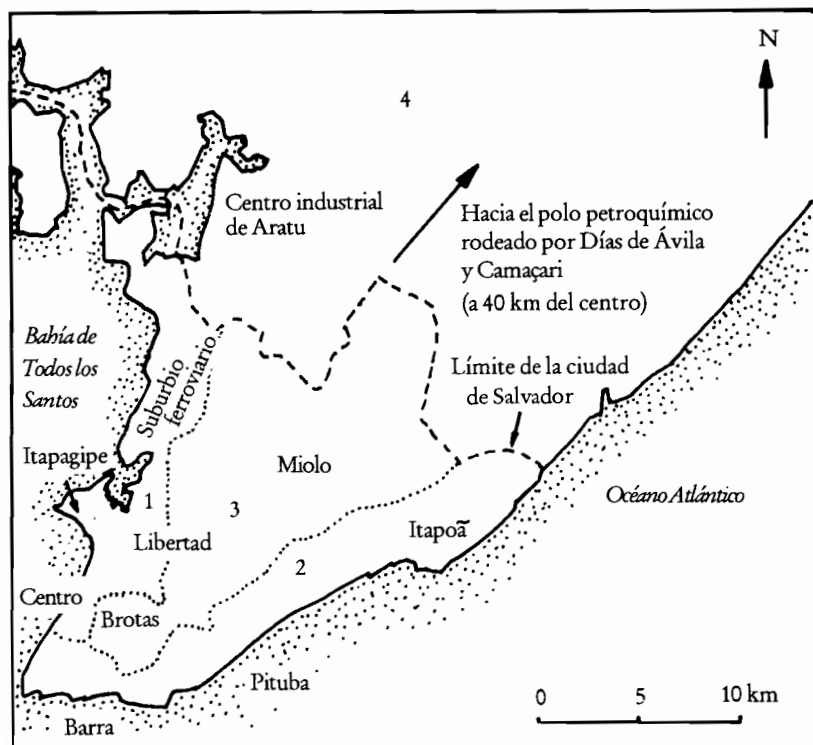
(pero en régimen de subcontracción) o indirecto derivado de la actividad del complejo, son los únicos que han venido a habitar en forma masiva a estas pequeñas ciudades. Son ciudadanos en espera de oportunidades de inserción o de partida, alrededor de una población en inferioridad numérica de asalariados estables que viven en conjuntos habitacionales (edificios). Todo esto no logra constituir una urbanización estable, inducida por la industrialización. Si la ciudad de Salvador, con sus 2 072 058 habitantes en 1991, tiene el tercer lugar del país en cuanto a número de habitantes *intra muros*, la región metropolitana de Salvador sólo llega al sexto lugar de las regiones metropolitanas del país, con 2 500 000 habitantes. El crecimiento demográfico que se debilitó en todas las grandes urbes del país en los últimos diez años, disminuyó de manera más evidente en la periferia que en el centro (Ribeiro y Lago, 1994).

¿Cómo interpretar y utilizar este mapa? Por una parte, permite confirmar que, entre los años 1970-1980, la reorganización urbana de Salvador se dio en torno a nuevos espacios sociales relativamente homogéneos —si no siempre contiguos— que se conformaron como regiones de distinción: el flujo irregular (trabajo, tiempo libre, circulación) y la ocupación residencial de estas zonas podían considerarse como nuevas formas estatutarias, que permitían la identificación, por parte del observador y de los mismos actores, de las pertenencias sociales. Por otra parte, la delimitación provisional de estos conjuntos permite concebir el espacio urbano como el contexto espacial y sociológico (es decir un contexto de relaciones e imágenes) de las observaciones localizadas que habrían de llevarse a cabo en una parte reducida de la ciudad (un conjunto de cerca de 2 000 habitantes).

Para toda persona ajena a esta región, la realización de una cartografía más detallada de estos fenómenos relacionados con la movilidad social y el cambio cultural carecía de pertinencia. Los habitantes de Bahía, por su parte, podían impugnar, con toda razón, determinados límites que definen dichas regiones de distinción y proponer otros criterios de división, con el fin de dar una imagen más fiel de su ciudad. Finalmente, una vez que lo saturé de datos y lo entendí bien —y después de haberme permitido alcanzar un cierto conocimiento del contexto sociológico e imaginario de las relaciones sociales que debía observar en determinado barrio de la ciudad—, el mapa perdió interés también para mí y lo olvidé en un rincón. De igual manera, tal y como fue publicado, el mapa sólo fue útil para ayudar a efectuar la lectura de estas cuatro regiones de estatuto teórico provisional.

Esta experiencia se impuso al inicio como una necesidad. *A posteriori* se podría asimilar una especie de Sistema de Información Geográfica

Salvador de Bahía y su región metropolitana



- 1 Barrios antiguos de la bahía
- 2 Barrios nuevos a la orilla del mar
- 3 Zonas socialmente intermedias
- 4 Región metropolitana fuera de Salvador (ciudades del polo)

(SIG) espontáneo, artesanal y personal. Pero, más seriamente, esta experiencia permite reflexionar acerca de lo que es la “ambición cartográfica”; además, plantea el problema del estatuto del espacio en la encuesta antropológica urbana.

Los lugares y sus sentidos

Para Robert Park y los demás “etnógrafos-sociólogos” de la Escuela de Chicago, como ellos mismos se llamaban, la ciudad constituye el mundo del individuo. De esta manera se construyó toda una problemática en torno al individualismo urbano (Louis Wirth habló incluso de anomia), cuyo punto de partida es sin duda una concepción errónea del mundo rural, referencia y réplica del modo de vida urbano. En efecto, la problemática del modo de vida urbano se fundó sobre una dicotomía particular que opone la sociedad urbana a la sociedad tradicional. Así, Robert Ezra Park, el inspirador de la Escuela de Chicago, veía en la ciudad el lugar de “emergencia del individuo como unidad de pensamiento y acción”, a la vez que se preguntaba cómo actualizar, en la ciudad, la referencia “comunitaria” del holismo idealizado del mundo rural. Park plantea en estos términos una problemática que puede considerarse como el punto de partida de las investigaciones de toda la Escuela de Chicago: “El problema social es fundamentalmente un problema urbano: se trata de lograr, dentro de la libertad inherente a la ciudad, un orden social y un control social equivalentes a lo que se desarrolló de manera natural dentro de la familia, el clán [*sic*], la tribu” (Park, :164).

¿En dónde se ejerce, por lo tanto, el control social? Para responder a esta pregunta, Park propone un enfoque llamado ecológico. Habla en primer lugar de “áreas naturales de segregación”. Cada área tiene una función propia de distribución de la población. Se definen “sectores” de distribución y, de manera simultánea, de segregación, en función del origen (migrantes), de acuerdo con la etnia, la edad, el tipo de organización familiar. Park propone considerar estas áreas como el hábitat natural (en el sentido ecológico) del “hombre civilizado” (el habitante de la ciudad) como antítesis del “hombre primitivo”.⁴ Estas áreas se transforman, progresivamente, en la publicación de Park, en “medios morales” y en “re-

giones morales”. Estas nociones, inicialmente reservadas para áreas diferentes, desde el punto de vista moral, o desviacionistas del resto de la ciudad (barrios de prostitución o de “bohemios”), van a abarcar todo el espacio urbano segregado. Esto es finalmente lo que va a matizar la hipótesis individualista inicial: “En una sociedad constituida de esta manera, el individuo se convierte en persona: una persona que no es más que un individuo que, en algún sitio, en un medio indeterminado, tiene un estatuto social, pero dicho estatuto resulta ser finalmente un problema de distancia —de distancia social” (Park, 1926 [1979]: 206).

A este nivel del razonamiento, podríamos buscar los significados que distinguen ciertos espacios del conjunto de una ciudad, para entender las fuentes de identidad que se asocian a ellos y que definen en parte esta “persona” del que habla Park en la cita mencionada. Delimitar de manera provisional regiones de distinción contribuye así a identificar parte del significado de los lugares. Sin embargo, Park, después de haber visto la ciudad bajo el ángulo de la segregación y de las regiones morales, vuelve a su hipótesis inicial: la del individuo. La figura del ciudadano se constituye recurriendo a metáforas o a tipos sociales intermediarios o intersticiales, como la calle, la deambulación y el paseante, el extranjero, la desenvoltura y la persona sin escrúpulos. En estos márgenes se recompone el abanico de recursos del ciudadano, quien rescata de esta manera y en teoría un poco de su libertad.⁵ La idea de movilidad es, para Park, el complemento lógico y teóricamente indispensable.

Para concebir la ciudad como espacio de segregación y como ámbito del individuo y de la libre opción, Park recurre a una noción y a una imagen. La noción es la de movilidad, la imagen la del mosaico.

Además de los transportes y las comunicaciones, la segregación misma tiende a facilitar la movilidad de los individuos. Los procesos de segregación crean distancias morales que convierten a la ciudad en un mosaico de pequeños mundos en contacto entre sí pero que no llegan realmente a interrelacionarse. Esto permite a los individuos pasar fácil y rápidamente de un medio moral a otro y favorece la experiencia fascinante, pero peligrosa, que consiste en vivir en varios mundos diferentes, contiguos pero a la vez muy distintos entre sí (Park, 1925 [1979]: 121).

La metáfora del mosaico ha sido frecuentemente utilizada para describir la ciudad. En el fondo, dicha metáfora forma parte del mismo concepto que el que usa la antropología que más tarde criticará a la Escuela de Chicago, oponiéndole una representación de los espacios urbanos como en-

claves. De hecho, no existen pruebas que sustenten que los mundos urbanos puedan ser caracterizados de una manera tan restrictiva, como propone Park, quien comete sin lugar a dudas el mismo error que sus críticos, como Oscar Lewis por ejemplo; éstos reconocen como mediaciones sociales para los habitantes de la ciudad únicamente a aquéllas que toman forma de grupos estructurados y *espacializados*, lo que remite al paradigma del ghetto.⁶ De hecho, Park utiliza de manera alternativa y complementaria un pensamiento individualista y una referencia socioespacial holista, separando las dos fases del enfoque. Este dualismo excluye la ambivalencia. Equivale a ignorar la dinámica del aspecto social y reducir su comprensión a soluciones idiosincráticas. Esta división del análisis en un criterio de referencia individual móvil (y abierto) y en un criterio de referencia social fijo (y cerrado), se hace aún más explícita cuando Park intenta abordar el diagnóstico de los problemas sociales: “De hecho, la mayoría de nuestros problemas habituales de comportamiento se resuelven efectivamente, y a pesar de tener pocas probabilidades de solución, mediante la transferencia del individuo de un medio en donde se comporta mal a otro medio en donde se comporta bien” (Park, 1929 [1979]: 172).

Para poder pensar la ciudad de manera global, a la vez de dar cuenta de su individualismo emblemático y de su heterogeneidad (social, racial, cultural), la antropología urbana debe, me parece, liberarse del *a priori* de la referencia espacial.⁷ Para operar tal ruptura con la tradición, puede apoyarse en el análisis de redes, ideado precisamente para dar cuenta de la fluidez de las relaciones urbanas.

Los antropólogos de la Escuela de Manchester, en el Rhodes Livingstone Institute, trataron de abandonar los enfoques “estructurales-funcionalistas”, debido a que su “inadecuación” se había hecho más patente mediante el contacto con las realidades urbanas y sus “sociedades a pequeña escala, que carecían de caracteres estructurales” (Mitchell, 1969: 9). Dentro de este marco, las redes se convertían en sinónimo de movilidad, de comunicación entre diversos medios y de cambio cultural. No por eso las redes se oponen a la idea de estructura. Así, Hannerz (1983) define la ciudad como “red de redes”. Aun si conviene subrayar que se trata aquí de una visión metafórica más que realista, queda cierto que el espacio urbano puede representarse como un conjunto articulado, y los medios sociales como sistemas solidarios, incluso más o menos mafiosos. Por su lado, Barnes (1969) introduce la noción de “red total” con el fin de circunscribir el conjunto de redes dentro de una situación determinada. Finalmente, la red total recompone estructura o, como lo sugiere Mitchell (1969: 49), las redes atraviesan las instituciones.

Conclusión

Un lugar urbano se puede definir desde el exterior —podríamos decir, desde arriba, en la medida en que esto remite a la ambición cartográfica—. Desde esta perspectiva, puede devenir una región moral, en el sentido en que lo usaba Robert Park, o una región de distinción como intenté sugerirlo para el caso de Bahía. Este nivel define límites de los espacios y subraya sus caracterizaciones sociomorales externas. Permite comprender las orientaciones de la movilidad residencial, la atracción de ciertas zonas en función de la distinción que proporcionan. Estos “sentidos y significados” del “lugar” tienen a la ciudad entera como contexto de referencia. Encontramos aquí una cartografía (real o imaginaria) de los ciudadanos que viven en ciertas partes de la ciudad y tienen de otra parte, por lo menos, alguna idea o imagen. Esta representación se da a la misma escala que la que usa el cartógrafo y, de una cierta manera, el sociólogo urbano. Es a esta escala que la ciudad de Salvador se puede subdividir según una modalidad simbólica dual, distinguiendo las riberas de la bahía (barrio antiguo y pobre) de las orillas del mar (moderno y rico); siguiendo esta línea de interpretación, los barrios y otros subespacios de la ciudad reciben parte de su identidad del propio hecho de estar localizado de uno u otro lado de la ciudad.

La definición de un lugar también se da desde el interior. Tendremos entonces que abstenernos, en un primer tiempo, de toda referencia y límite espacial. Observando posiciones, redes e itinerarios urbanos de los individuos (entendidos ellos como la primera “unidad urbana de pensamiento y acción”, según Park), veremos que el individuo se vuelve urbano a través de una serie de mediaciones sociales; las cuales se dan en el orden relacional y son directamente accesibles a la observación etnológica. Linajes, redes de compadrazgos, vecindarios, casas religiosas, bandas, asociaciones étnicas o lúdicas, todos pueden estar concentrados o diseminados en el espacio. Redefinen, cada una a su manera, el uso del espacio y las fronteras de los barrios, manzanas, esquinas y plazas de la ciudad. Vimos cómo, en un barrio popular de Bahía, podían existir significados y usos diferenciales del espacio según se trataba de grupos de pares masculinos o de redes femeninas.⁸ Si en un primer momento el objeto de la antropología urbana se construye *en contra* del espacio urbano, es para encontrar después, en la vida relacional, el significado de las representaciones de este

mismo espacio urbano; problema de escala, podríamos decir. La antropología realiza la mediación entre el individuo y la ciudad, y los mapas representan sus contextos de interpretación.

Notas

¹ Traducción de Annie Carrillo.

² La creación en 1974 de la Zona Metropolitana de Salvador, concebida como el territorio económico y político del cambio local, instaba igualmente a no tomar al pie de la letra los límites del municipio de Salvador. La Zona Metropolitana, concebida con base en la industrialización de punta, era administrada de manera independiente (organismo de estudio y de gestión propia). Refleja supuestamente el concepto de un sistema de conjunto, que daba un sentido (político-tecnocrático o popular) a la distribución de las diferentes instalaciones industriales y de los grandes conjuntos nuevos (hileras de casas o de pequeños edificios) a escala de los siete municipios; dentro de este mismo marco intermunicipal, se conocían y se controlaban relativamente los flujos diarios trabajo-residencia.

³ Evidentemente, con todas las reservas del caso, debido a las dimensiones de la ciudad y al carácter ilusorio de este tipo de ejercicio.

⁴ De esto se deriva la noción de “ecología urbana” que caracterizó a este grupo de investigadores de la Universidad de Chicago en los años 1920-1930.

⁵ Estos diferentes enfoques han sido desarrollados o analizados por Hannerz (1983), Simmel (1908/1979), Grafmeyer y Joseph (1979), Joseph (1983 y 1984). Desde esta perspectiva, Hannerz (p. 140) llega a diferenciar en la ciudad ciertos ámbitos considerados como “más urbanos” que otros: los del espacio público, del mercado, de la contrabanda. De nuevo encontramos la dualidad en una distinción hecha, más recientemente, por Joseph (1995: 9) entre el acercamiento de la ciudad a través de los espacios domésticos y públicos, estos últimos considerados como el lugar de emergencia de una cultura propiamente urbana.

⁶ Las descripciones de las vecindades de la Ciudad de México o del barrio Esmeralda de Puerto Rico (Lewis, 1963 y 1936) son características de la impresión de cerrazón física y social que sirve de contexto “comunitario” para el estudio de las familias urbanas.

⁷ Este *a priori* es parte de la ilusión monográfica, la cual presupone la transparencia de la relación entre un espacio, una sociedad, una cultura y un tipo de individuo. Se encuentran desarrollados estos temas, así como las diversas maneras de concebir el “lugar antropológico”, en Augé (1992: 57-95).

⁸ Ver Agier (1995), donde se retoman y desarrollan los ejemplos presentados aquí, en un estudio de las familias y de las sociabilidades de vecindad.

Bibliografía

AGIER, MICHEL

1995 "Lieux et réseaux. Les médiations de la culture urbaine", en: Ana Maria de Niemeyer y Emília Pietrafesa de Godoi (eds.), *Espaço e Territorialidades na Pesquisa Antropológica*, Campinas, Papirus, 24 pp., ms.

AUGÉ, MARC

1992 *Non-lieux. Introduction à une anthropologie de la surmodernité*, Seuil, París.

BARNES, J. A.

1969 "Networks and political process", en: Mitchell, J. Clyde (ed.), *Social Networks in Urban Situations. Analyses of Personal Relationships in Central African Towns*, Manchester University Press, pp. 51-76, Manchester.

DUMONT, LOUIS

1983 *Essais sur l'individualisme. Une perspective anthropologique sur l'idéologie moderne*, Seuil, París.

GRAFMEYER, YVES e ISAAC JOSEPH

1979 "Présentation. La ville-laboratoire et le milieu urbain", en: *L'Écologie de Chicago*, Ed. du Champ Urbain, pp. 5-52, París.

HANNERZ, ULF

1969 *Soulside. Inquiries into ghetto culture and community*, Columbia University Press, Nueva York.

1983 *Explorer la ville. Eléments d'anthropologie urbaine*, Editions de Minuit, París.

JOSEPH, ISAAC

1983 "Les répertoires du citadin", en: Ulf Hannerz, *Explorer la ville. Eléments d'anthropologie urbaine*, Editions de Minuit, pp. 7-15, París.

1984 "Urbanité et ethnicité", en: *Terrains* (París, Francia), núm. 3, pp. 20-31,

1995 "Le droit à la ville, la ville à loevre. Deux paradigmes de la recherche", en: *Annales de la Recherche Urbaine* (París, Francia), núm. 64, pp. 5-10.

LEWIS, OSCAR

1963 *Les enfants de Sanchez. Auto-biographie d'une famille mexicaine*, Gallimard, Paris.

1969 *La Vida. Une famille portoricaine dans une culture de pauvreté: San Juan et New York*, Gallimard, Paris.

MITCHELL, J. CLYDE

1969 "The Concept and Use of Social Networks", en: *Social Networks in Urban Situations. Analyses of Personal Relationships in Central African Towns*, Manchester University Press, pp. 1-50, Manchester.

PARK, ROBERT EZRA

1979 [1925] "La ville. Propositions de recherche sur le comportement humain en milieu urbain", en: Grafmeyer, Yves e Isaac Joseph (eds.), *L'École de Chicago*, Ed. du Champ Urbain, pp. 79-126, Paris.

1979a [1926]: "La communauté urbaine. Un modèle spatial et un ordre moral", en: Grafmeyer, Yves e Isaac Joseph (eds.), *L'École de Chicago*, Ed. du Champ Urbain, pp. 193-207, Paris.

1979b [1929] "La ville comme laboratoire social", en: Grafmeyer, Yves e Isaac Joseph (eds.), *L'École de Chicago*, Ed. du Champ Urbain, pp. 163-179, Paris.

RIBIERO, LUIS CESAR DE QUEIROZ y LUCIANA CORRÊA LAGO

1994 "Brésil: évolution métropolitaine et nouveaux modèles de inégalité sociale", en: *Problèmes d'Amérique latine, La documentation française*, Paris num. 14, pp. 269-281.

SIMMEL, GEORG

1979 [1908] "Digressions sur l'étranger", en: Grafmeyer, Yves e Isaac Joseph (eds.), *L'École de Chicago*, Ed. du Champ Urbain, pp. 53-59, Paris.

WACQUANT, LOÏC

1993 "De l'Amérique comme utopie à l'envers", en: Pierre Bourdieu (ed.), *La misère du monde*, Seuil, pp. 169-179, Paris.